

PALOMA CARO

El limonero de Tetuán

la esfera  de los libros

«La curiosidad vence al miedo más fácilmente que el valor».

JAMES STEPHENS

PROTECTORADO
ESPAÑOL DE MARRUECOS

Febrero de 1916

Tuve suerte, mucha suerte de que nos fuera adjudicada esta gran casa por un precio ridículo gracias a un oficial amigo de mi marido, que contó con la aprobación de Ben Azouz, ministro de la Vivienda, encargado de dar alojamiento a los recién llegados a Tetuán. Acepté rápidamente, no fuera a ser que cambiaran de opinión. No lo hicieron, y poco después me enteré del porqué.

El propietario anterior de la casa al que nunca conocí y al que la gente había bautizado con el sobrenombre de Alkruel había huido. Parece ser que los motivos de su partida fueron los controles sobre sus actividades por parte de las autoridades españolas, así como la puesta en marcha de un detallado censo que le iba a obligar a dar su nombre completo, y también su procedencia y antecedentes, que supongo deseaba ocultar por oscuras razones. Incluso se comenzó a pedir salvoconducto de desplazamiento a todos los habitantes de la ciudad, en el que debían detallar el objeto, el destino y la duración del viaje. Habían llegado

los militares y por tanto el control. Era tan sanguinario y despiadado que su soberbia casa ya vacía no fue solicitada por nadie debido al miedo a su posible regreso y a la creencia de los tetuaníes de que proporcionaría mal fario al que la habitase. De esto último me enteré cuando ya estaba instalada viviendo casi gratis en aquella maravilla del barrio moro, en la que el exterior cochambroso escondía una mansión con múltiples habitaciones, terraza, patio y jardín. Sin recelo ninguno, interpreté la concesión como un presagio de los buenos tiempos que nos tenía asignado el destino.

A diario comenzamos a disfrutar del jardín en el que planté flores de todos los colores posibles que me incendiaban el ánimo por la mañana, recordándome a la pequeña casa de mi infancia en Orán. Un limonero grande, todavía más robusto que el de mi anterior jardín, nos daba sombra dominando con su presencia. Bajo ese árbol vivíamos. Tanto era así que a veces tenía la sensación de que reaccionaba en consonancia a nuestras vidas, a la mía principalmente, que estaba centrada en echar raíces y mejorar mi salud deteriorada por la huida de Argelia. El embarazo, la buena alimentación y el comedimiento de la vida tranquila me habían regalado últimamente un par de kilos o tres que no lograba decidir si conservar o intentar perder. Después de convencerme a mí misma de que lo había meditado, preferí demorar un poco la decisión que me iba a privar del placer de comer dulces. Tan desordenado era el cambio de mi cuerpo como el crecimiento de mi limonero, al que le brotaban ramas en sitios tan poco habituales como donde el tronco salía de la tierra, haciéndonos tropezar a menudo. Adoraba este árbol con su olor cambiante. Con el poco dinero del que disponía, decidí eliminar un muro que dividía el jardín del patio para poder verlo mejor desde la casa, y para aprovechar su sombra encargué un banco de

obra para sentarnos. Iba a ser construido mirando hacia la vegetación desordenada, que mi padre, con su gusto de labrador por lo simétrico, amenazaba con arrancar para ordenarlo debidamente. Nunca le gustó el crecimiento desaliñado y el azar que no pudiera ser previsto. Como emigrante desde joven, intentaba controlar todo en lo posible, ya que debía soportar dejar a su suerte la parte de la vida que dependía de los gobernantes o de los elementos. Yo, por el contrario, estaba encantada descubriendo cada día plantas de hojas granates nunca vistas, rosas de Damasco, hibiscos rojos, una especie de coliflores negruzcas y carnosas que no se comían —lo había preguntado— y jazmines que me mareaban como los abrazos de mi marido en ocasiones. Seguro que todas habían sido plantadas por jardineros delicados y ahora crecían sin orden alguno para darnos sorpresas y alegrarnos la vida.

Un soldado joven del campamento de Regulares de Manuel llamado Rashid, que había comenzado a limpiar el terreno bajo el limonero, empezó a darme una clase erudita de jardinería con una rodilla hincada en el suelo y desmenuzando la tierra con la mano para interpretarla.

—Señora Marie, no se ven muchos frutales tan hermosos en mi tierra, así que son únicos y especiales como algunas personas —dijo sin mirarme a mí y dirigiendo sus ojos hacia la adorable Fatma, que cuidaba de mi hijo—. Hay que observarlos bien y ponerles piedras calizas alrededor o pintar el tronco con cal para que crezcan más fuertes, como cuando los niños toman leche. Cuando termine el banco lo haremos y nos lo agradecerás —sentenció hablándole al árbol y poniéndole la palma de la mano sobre el tronco con afecto. Entendí, lógicamente, que centrara su atención en la preciosidad de quince años sin hiyab que mostraba su abundante pelo negro, lo que me molestó fue

que también prefiriera el árbol a mí, que, por lo visto, parecía invisible a sus ojos.

A veces me sorprendían las costumbres y las palabras de los bereberes, poéticas y de sentido común al mismo tiempo; los conocía bien porque eran parecidos a los de Argelia. Rashid era un albañil alto y rectilíneo como un nubio, de piel agrietada para su edad, poético de habla y que se tomaba a sí mismo muy en serio. Trabajaba con lentitud mirando a la jovencita continuamente, creo que le atraía tanto por ser su antítesis: curvilínea, de pocas palabras, de piel suave y luminosa. La miraba como si fuera un pastelito de almendras y miel del escaparate de una *pâtisserie* que no pudiera comerse. Me daba la sensación de que iba a tardar mucho en terminar el trabajo, auguraba que sería lento. ¿Dónde podía estar mejor?

Mi hijo Diego, junto a nosotros sobre una alfombra raída, intentaba escapar a cada instante gritando para llamar la atención y repitiendo un ¡eh! que empezaba a resultar molesto. Fatma le impedía la fuga volviéndole a colocar dentro y dándole lascas de corteza de pan que no dejaba de chupar convirtiéndolas en migas húmedas que se le pegaban alrededor de la boca y que le entretenían por unos instantes. Un nuevo trozo de pan en la mano le silenciaba hasta que tragaba y comenzaba a mirar en otra dirección que le resultaba interesante o con mayores expectativas que la anterior para una nueva huida. De pronto, en una de las escapadas gateando, que aprovechaba a acometer cuando no mirábamos, se sentó en la tierra y se llevó a la boca algo blanquecino y sucio que en una décima de segundo hizo desaparecer. Chillé tanto que los aterroricé a todos, incluido al niño.

—¡Se va a ahogar!

Fatma y yo corrimos por el jardín, desde dos lugares distintos, los tres metros escasos que nos separaban del niño y cuando

llegamos a su lado tuvimos un par de segundos de confusión empujándonos una a la otra hasta que ella se apartó y me cedió el paso. Muy nerviosa, lo cogí en brazos para meterle los dedos y arrancarle de la garganta el peligroso palo blanquecino. Le asustamos tanto que empezó a llorar a gritos, facilitándome la maniobra.

—No parece un palo, es un hueso pequeño, qué asco —dije, poniéndomelo en la palma de la mano.

En silencio y con mi hijo al lado chupando un nuevo trozo de pan, nos sentamos sobre la alfombra e intranquilos comenzamos a sospechar del origen de lo encontrado: no se entierran en el jardín los huesos del cordero que has servido a tu familia en la cena. Rashid se arrodilló al lado y los tres juntos nos dispusimos a buscar, rastrillando la tierra con los dedos hasta que nos dolieron las uñas. Ya sé que las uñas no pueden doler, lo que duele es la carne de debajo, pero eso fue lo que sentí y solo se me quitó un día después al meter mucho tiempo los dedos en agua para que salieran todas y cada una de las partículas, que me dieron asco, miedo y pena, en ese orden.

Encontramos muchos trozos de huesos y de tela, todos muy pequeños. Uno por uno los colocamos encima de un trapo grande de color crudo que Fatma había dispuesto estirado en el suelo junto a nosotros, ese que llevaba siempre encima del hombro y que pese a ser usado constantemente parecía limpio. Juntándolos lentamente y con las uñas negras, intentamos completar el puzle sin saber a qué o a quién pertenecían. Cuando se empezó a formar un esqueleto, por instinto abracé fuerte a mi hijo y le besé, incomodándole. Para tranquilizarnos nos dijimos en voz alta que no encontraríamos más trozos, temiendo y sabiendo que no sería así. Rashid, con dos calaveras diminutas completas, un trozo de una tercera en las manos y mirando solo a Fatma, sentenció:

—Al limonero no le iban a hacer falta piedras ni pintarlo de cal, ya estaba alimentado. Ahora entiendo el lustre. Son huesos. —Y luego, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, afirmó—: Y no son de gato, ni de rata, ni de pollo... Son niños, niños muy pequeños, y seguro que hay más.

No dormí bien esa noche, soñé y desperté varias veces sobresaltada tardando en volver a conciliar el sueño, porque la imagen que me hubiera gustado no volver a ver al abrir los ojos se mostraba ante mí como en un cinematógrafo. Eran imágenes de niños llorando. El sonido de su llanto me asustaba haciéndome gritar también a mí, y era mi propio grito el que me despertaba bruscamente. Mi marido, pese a mis sobresaltos, dormía plácido a mi lado respirando de forma acompasada. Durante la cena no le había contado nada de los huesos, ni a él ni a mi padre, temiendo que me echaran en cara que siempre me metía en líos, porque eso era lo que repetían cada vez que comunicaba algún suceso fuera de lo normal. Estuve de mal humor y finalmente con reticencia decidí revelar nuestro hallazgo al día siguiente. A mediodía aguardé nerviosa en el umbral a que llegara Manuel del destacamento y supe que volvería a esperar con impaciencia a la noche para hacer lo mismo con mi padre, que volvería del atochal. Me senté justo en el borde del banco de

piedra de la entrada de casa, asomando la cabeza constantemente para mirar calle abajo a pesar del sol ardiente.

A principios de febrero ya habíamos entrado en la primavera. Como si fuera una coreografía bien ensayada, llegó el calor del día seguido por la lluvia abundante de la tarde, las flores de mi jardín se abrieron, los brotes verdes explotaron como las palomitas en una sartén al fuego, y el mar, que estaba lejos de mi casa y solo adivinaba desde la terraza en los días claros, empezó a oler de pronto; ya no de la manera sutil a la que estaba acostumbrada, sino como si las olas suaves que acariciaban la orilla fueran en algún momento a mojarme los pies. Detonó la bomba de la naturaleza sin que hubiera tenido tiempo de prepararme la piel como todos los años, frotándomela con *ghassoul*, ese jabón que me dejaba tan suave como una pieza de seda fina y cuyos efectos obligaba a comprobar a mi marido como si mi sola opinión no fuera suficiente. Y ahora, a finales del mismo mes, acababa de llegar el verano por sorpresa, con el sol ardiente, el aire inmóvil y la calima que impedía ver y respirar debido a la arena del desierto.

Cuando Manuel por fin apareció a lo lejos, corrí y le agarré de la mano para meterlo en casa. Me costó, porque al no entender las prisas pretendía resistirse. Como tenía por costumbre, le olfateé: olía a pan recién horneado y a humo de leña. Era maestro de palas de la tahona del destacamento. Ahora ya era un militar sin lucha. Solía decirle que era un hombre de suerte, porque al cojear como consecuencia de una herida en Francia, en la batalla del Marne, no acostumbraban a llevarle a solucionar conflictos con los rifeños. No le agradaba el comentario: primero se ofendía, luego dudaba y terminaba estando de acuerdo. La Gran Guerra continuaba en Europa, aunque aquí no la notábamos demasiado si no nos metíamos en temas de espionaje o de contra-

bando de armas; sin embargo, convivíamos a diario con otros enfrentamientos también sangrientos, pero desorganizados.

Según entró le conté todo sin permitirme respirar para impedir las interrupciones. La paciencia nunca ha sido una de mis virtudes.

—Ya estás como siempre. Te temo. Serán de algún animal. No eres médico, ni has visto muchos huesos en tu vida. ¿Crees que con el libro de *La santé de la famille* que nos regaló tu madre cuando nos casamos vas a saber de qué son? Marie, anda que no hay bichos pequeños por aquí... Se me ocurren así de primeras: conejos, zorrillos, ratas de campo... —dijo, farfullando con la boca llena y llamándome por mi nombre, que nunca era buena señal.

—Te digo que no son de animal. He cogido la lámina grande que se despliega, esa en la que viene todo el cuerpo humano. Nunca me crees y no sé por qué, muchas veces tengo razón. —No dije siempre por no molestar, y fruncí los labios haciendo un puchero de mi madre francesa que siempre me funcionaba para ablandarle.

—Ya, ya, pero te gusta meterte en todo. Jamás te rindes y no siempre es bueno. En realidad, Marie, diría que casi nunca lo es —replicó, sin tanto cuidado como yo había tenido con él.

Con aire de autosuficiencia, se quitó la guerrera y la colgó en el respaldo de la silla. Mostrando la espalda mojada de la camisa, se remangó.

Odiaba cuando me trataba así. No me estaba concediendo ni siquiera el beneficio de la duda, pese a mi insistencia y las afirmaciones de cabeza de la lacónica Fatma, que nunca pronunciaba más de dos palabras seguidas y que permanecía de pie a mi lado. Enfadada, repentinamente me levanté en mitad de la comida y fui a por el trapo que contenía los huesos. Aparté con

ímpetu su plato y su vaso de encima de la mesa y dejándole con la cuchara de madera en el aire, lo abrí con cuidado, colocándolo debajo de las narices. Extendí en silencio y con parsimonia deliberada todos los trozos, chistándole para que callara y levantando el dedo índice amenazante cada vez que me quería hablar. Mientras completaba de nuevo el rompecabezas para formar lo que parecían fragmentos de un cráneo y trozos de un esqueleto, me despisté en el mundo de las palabras por unos segundos, y me pareció curioso y triste haber elegido precisamente ese juego infantil, el rompecabezas, para definir en mi mente el hecho de reconstruirlo sobre la mesa. Un segundo después, descarté por lógica la relación del nombre del juego con completar los huesos de los cráneos porque conocía el significado de devanarse los sesos, romperse la cabeza para completar un dibujo o una figura. Dejé la mente en blanco un momento y conseguí salir del atolladero obsesivo y sinsentido en el que me había metido yo sola. Teníamos cuatro calaveras diminutas, además de pequeños huesos que supusimos eran de costillas, manos, piernas y brazos. Pegados o junto a ellos encontramos trozos pequeños de tejido deshilachado, rasgado y descolorido.

—Sí, parecen de niño —afirmó, serio, y con cara de aprensión—. Ya sabes que muchos mueren a diario, solo tienes que oír las campanas de la iglesia, sobre todo en verano. Ni tú ni yo podemos saberlo, lo más normal es que hayan muerto porque sí.

—*Mon petit chouchou*, porque sí no se muere nadie. —Añadí con tristeza el apelativo cariñoso usado por mi madre con mi padre, que solía rebajar el tono de la discusión—. Y se mueran de lo que se mueran, no los entierran en un jardín desperdigados sin poner una lápida o meterlos en una caja. Me parece raro. Y mira este, que todavía tiene una tela alrededor, alguien lo cuidó.

—Ya empiezas, morita. Te conozco y nos meterás en un lío. Habrá que pensar si comunicarlo. Habla con tu padre esta noche. Vicente es cauteloso y sensato. No hagas nada, nada de nada. —Chasqueó la lengua con fastidio porque, desde luego, me conocía.

Volviendo a meter todo dentro del trapo y anudándolo, lo apartó y comenzó a comer de nuevo la *loubia*, ese potaje que le gustaba tanto, solo que ahora ya no engullía con rapidez y la cuchara tardaba más en llegarle a la boca. Desde el día en que nos conocimos en Argelia me llamaba «morita» por el turbante rojo poco habitual para una francesa que llevaba y todavía sigo llevando. Manuel dice con sorna que menos mal que al conocerme todavía no tenía constancia de lo rara que soy y de los enredos en los que le metería. Lo que no menciona son las veces que le he sacado de ellos. Justo después de terminar de comer fue a echarse en el canapé viejo, a dormir esa siesta de diez minutos que no reconocía ante nadie y menos ante Pedro, su admirado amigo de la infancia, ahora su superior en el ejército. Era capaz de lo que él llamaba «quedarse traspuesto», aunque una granada de mano le explotara al lado. Mi padre era igual. Debía de ser una característica masculina, porque relajaban cuerpo y mente en unos segundos como una marioneta de trapo a la que le hubieran soltado las cuerdas. Manuel lo justificaba contando que cuando estuvo en la guerra dormía en cualquier postura y circunstancia en las trincheras. Nunca lo entendí, como no se comprende aquello que nunca se podrá conseguir; yo era incapaz de esa rapidez en el desmayo. Solo dos secuelas le habían quedado de la guerra: una, el dormir fácil, y otra, la leve cojera que a mí ya no me molestaba más que para ponerle suelas diferentes en las botas. Se lavó la cara, y, sin secársela, me besó dejándome húmeda y confundida. Le quería, aunque

alguna vez quisiera clavarle un tenedor en la mano. Éramos muy diferentes. Él solía dedicar solo dos minutos a lo que yo consideraba importante y horas a lo que para mí era nimio. Su mente era tan dispersa como la mía concreta y obsesiva. Mi preocupación exagerada le hacía gracia y a mí su indiferencia flemática me molestaba, relajándome después. Nos reíamos por ello. Al salir de casa dejé tras él un aroma a jabón mezclado con su tenue y familiar olor a sudor.

Ya a solas, observé de reojo a mi madre, que comenzó a seguirme con la mirada mientras Fatma y yo trasteábamos por la cocina recogiendo. Lo había oído todo y sospechaba que en breve escucharía una opinión contundente de las suyas.

—*Enceinte de nouveau!* ¡Otra vez encinta!

No opinó sobre los huesos pese a que lo había oído, sino sobre lo que más le interesaba: yo. Habló en francés y para mayor entendimiento general, no supe para quién, lo tradujo al español. Ella, que nunca hacía esfuerzo por aprenderlo, para poder criticarme era capaz de hablar cualquier idioma. Me señaló con el dedo, chasqueó la lengua absorbiendo saliva y por último emitió un sonido de molestia. Miraba mi tripa redondeada.

—*Maman*, no estoy embarazada de nuevo, solamente estoy más rellena. No seas machacona.

—*Alors, je te trouve grosse* —continuó, manteniendo la crítica para no ceder.

Maman había tenido solamente dos hijos y consideraba que tener muchos más era un síntoma inequívoco de pertenencia a un país poco civilizado, así que me vigilaba muy de cerca en ese aspecto.

Su sospecha de que me quedaría embarazada a menudo estaba basada en la personalidad y el aspecto de su yerno: un español salvaje, poco comedido y sin reglas de urbanidad, según

ella, y sobre todo en mi debilidad para con él que notaba. Tenía razón, toda la razón. Siempre me gustaron su piel morena, su delgadez nervuda, su mirada irónica y su sarcasmo, que conseguía enojarme en un minuto. Esos sentimientos contradictorios hacia él eran correspondidos porque yo también le gustaba y le irritaba en igual medida. Nuestra relación se basaba en una lucha que terminaba invariablemente en placer cuando uno de los dos se dejaba vencer. Jugábamos. Me dejaba pellizcar protestando cuando se enfurruñaba conmigo, permitía que me tirara de un brazo, del pelo, o me mordiera el cuello un poco, lo suficiente para darle credibilidad a la contienda. A veces le hacía parar fingiendo dolor con lágrimas en los ojos, que no eran otra cosa que rabia por estar perdiendo, y cuando lograba su compasión le pegaba de nuevo, persiguiéndole con golpes de la badila de la cocina con la que recogía las brasas o dándole con el trapo o la bayeta sucia. Durante la contienda, nos íbamos encaminando hacia el dormitorio, subiendo los escalones de dos en dos y haciendo parecer que la propia pelea era la que nos llevaba en esa dirección. Del enfado real pasábamos al fingido y de ahí a la risa contenida, a la cara caliente y la respiración entrecortada.

A causa de su enfermedad, mi madre parecía estar olvidando lo importante y cotidiano de la vida; sin embargo, cómo regañarme parecía recordarlo bien. Sonreí porque el comentario había salido de sus labios ayudado por el estiramiento del cuello, la bajada de los hombros y el apoyo de los codos rígidos en los brazos del trono. Llamábamos así a un viejo sillón en el que se pasaba todo el día mirando al patio y cuyos brazos eran de madera repleta de galerías de carcoma que esperábamos con optimismo hubieran sido abandonadas por sus habitantes. El trono le confería todavía más ese aspecto de aristócrata, que yo con mis talones sucios, mis hechuras, mis cabellos lisos que se

despeinaban en todas direcciones formando bultos y con mis modales bruscos nunca llegué a conseguir. Justo al terminar su comentario, sin esperar respuesta y sin transición, empezó a canturrearle a Diego una canción que me había enseñado cuando era niña y que a mi hijo le encantaba:

—*Alouette, gentille alouette, alouette, je te plumerai, je te plumerai la tête, je te plumerai la tête, et la tête, et la tête...*

Hacía referencia a desplumar parte por parte a una alondra señalando alegremente con la mano cada una: la cabeza, las alas, la espalda... Nunca entendí muy bien que en Francia se les cantara eso a los niños. Cuando se lo decía, mi madre contestaba de una manera peculiar: «Marie, las alondras están igual de ricas que las codornices». Le gustaba comer.

Oí a mi hijo tararear y oí también sus carcajadas mientras miraba a su abuela, que daba palmas riendo. Comenzó a impulsarse sentado en el suelo hacia delante, recorriendo una distancia sorprendente sobre el pañal mojado, que dejaba una estela alargada que iba apareciendo según avanzaba. Me reí y le acaricié la cara a mi madre olvidando el asunto del embarazo y la gordura. Me centré en exasperarme a causa del calor y en quitarle el pañal a Diego, porque Fatma ya llevaba en la mano el estropajo, el jabón, la bayeta y el cubo para limpiar el suelo. Abrí el grifo de latón del zaguán, lavé la esponja poniéndola debajo y llené de agua limpia una bacinilla. Éramos afortunados por tener agua en casa con la que podíamos llenar los cubos para cocinar o lavarnos, porque la fuente pública estaba a siete calles y siempre llena de gente. Cogí de nuevo un poco de agua en el barrero y salpiqué con ella a Diego, que me miró sorprendido sin saber si reír o llorar. Decidió reír, y lo volvimos a llenar para hacerle lo mismo a Fatma, esta vez con él como cómplice.

Tengo dieciocho años y soy una *pied-noir* desde mi nacimiento. Se dice que la razón de que nos llamen así a todos los que, como mis padres, emigraron a Argelia, es que los primeros en llegar fueron militares con botas, otros dicen que fue por los pies sucios de los colonos cristianos, que no se los lavaban para rezar como los musulmanes. Nadie sabe el motivo. Sobre los pies, debo decir que no los tengo finos y delicados como Jacqueline Beaulieu, mi madre, sino anchos y rellenos como mi padre, Vicente Fenoy, que es un agricultor alicantino que se planta con firmeza sobre los surcos de la tierra. Los babucheros de Tetuán asumen erróneamente que todas las mujeres tenemos los pies delgados y por eso tengo dificultades para meter los empeines hasta dentro, arrastro los talones y siempre los tengo renegridos. Soy *pied-noir* literalmente o, mejor dicho, *pieds-noirs*, porque tengo los dos igual de sucios. De todas formas, aquí en Marruecos nadie habla de mis pies, sino de mi nacionalidad.

Mi origen siempre ha sido difícil de explicar: soy francesa por haber nacido en una colonia de Francia de madre francesa; y española por ser hija y mujer de español; con todos ellos vivo en el protectorado de Marruecos, otra colonia, esta vez de España. Parece que nunca viviré en un país que no haya sido ocupado por otro, así que tendré que tener cuidado por si también toman posesión de mí.

Todo esto realmente no me importa mucho, lo más importante es que la gente me llama la Consejera, Almustashar o la Conseillère, porque es lo que hago, aconsejar. En Orán, con dieciséis años, ponía un puesto en la plaza del mercado junto a los cuentacuentos y los escritores de cartas y había gente que me consultaba, era casi gratis, pero lo hacían. Según mi padre, siempre he sido una sabelotodo que se mete en problemas, aunque no añada por evidente que también sirvo para solucionarlos. En Tetuán, en mi nueva casa, seguía haciendo lo mismo, había habilitado una habitación pequeña con entrada independiente como consultorio. Deseé trabajar siendo discreta para no complicar mucho las vidas de los míos y para ello colgué un cartel del tamaño de una cuartilla sobre la puerta azul desvencijada, con la intención de que los que quisieran verlo se fijaran en él y pasara desapercibido para aquellos que pudieran escandalizarse con mis actividades. Una tontería ilógica que se me ocurrió. El texto decía lo mismo que el de la plaza de Orán, pero en distinto orden: primero español, luego árabe y francés por si acaso.

SI SU PROBLEMA TIENE SOLUCIÓN, MARIE LA ENCUENTRA. SIN TARIFA FIJA.

إذا كانت هذه هي قابلة للحل، يجد ماري ليس هناك معدل ثابت

SI VOTRE PROBLÈME A UNE SOLUTION, MARIE LA TROUVE. PAS DE FRAIS FIXES.

Nunca he hecho conjuros ni sortilegios, pese a que así se lo parezca a los supersticiosos que no me conocen. Solo uso el sentido común. Por mi ayuda siempre he cobrado la voluntad, que siendo mucha es a la vez escasa en dádivas, ya que no suelo ayudar a los ricos. No tengo corazón para pedir recompensa por lo que hago. Es mi amiga Amina, que siempre dice que no me hago respetar, la que me ayuda a recibir retribución por mis servicios, ya que está acostumbrada a insistir, negociar e incluso a aceptar pago en especie porque es la mejor partera de la ciudad. De hecho, la conocí cuando tuve a mi hijo, tocándome con manos expertas y dirigiéndose a mí con voz autoritaria de no permitirme zarandajas. Mi amiga dice que con dieciocho años cumplidos todavía actúo como una niña en vez de como la mujer que ya soy, y añade con tono de superioridad que eso nos pasa a todas las cristianas.

Si mi ocupación es poco frecuente, también lo es mi aspecto, porque llevo un turbante que mi madre siempre ha considerado una excentricidad. A mi llegada a Marruecos ya lo usaba, distinguiéndome de las españolas con pañoleta y de las marroquíes con hiyab en que el mío me lo pongo como los hombres bereberes. Adivino que todas las mujeres de todas las nacionalidades me consideran una chiflada con disfraz: oigo cómo las de los militares españoles hablan en voz baja apartándose con disimulo, mientras que las marroquíes se dan codazos para avisarse unas a otras, riendo inocentes y tapándose vergonzosas la boca con la mano. Al principio me molestó, hasta que comencé a secundar a estas últimas en las risas y a darme la vuelta para dejarme observar. Mi chaladura confirmada y mi buen humor le quitaron importancia al aspecto estrafalario y terminaron acostumbrándose a mí. Esperé que terminara ocurriendo lo mismo que en mi ciudad de origen. No es que en Orán mi apariencia no llamara la

atención, sino que se habían habituado, asimilándola como algo propio que habrían defendido con uñas y dientes ante cualquier extranjero.

Fatma, mi querida Fatma, a la que encontré para que nos ayudara en casa nada más llegar a esta ciudad, me colocaba el turbante cada día con fruición. Repetíamos la ceremonia de forma invariable de acuerdo a normas establecidas por ella, que solo tenía quince años. En esto desde luego era la que mandaba. Me obligaba a sentarme en la cocina, en una silla de enea con las patas cortas, y estiraba la tela para envolvermela alrededor de la cabeza. Al terminar me observaba apartándose tres pasos para comprobar el resultado. Un gesto de asentimiento por su parte ponía fin al ritual. Ocurría siempre minutos antes de que nos dispusiéramos a abrir las dos puertas estrechas de madera azul de mi consultorio, cuya madera crujía protestando por tener que trabajar con este calor.

Como siempre, esperábamos unos minutos a que llegara Amina, que venía al consultorio un rato cada mañana. Ella es la *qabila*, que nos ayuda a todas a parir con sabiduría ancestral y trucos para disminuir el dolor. Su maestría estribaba en haber ayudado a muchas, no molestar a los maridos que preferían no saber ni ver y ella misma haber tenido cuatro hijos con veintitrés años. Llevaba el cuerpo envuelto en muchas telas que la hacían parecer rolliza. La cara era redonda como un sol y los ojos negros se enmarcaban en unas cejas generosas y tupidas. Las pocas veces que sonreía abiertamente, enseñando los dientes cuadrados y blancos, los ojos se le empequeñecían hasta convertirse en dos rayas negras; en cambio cuando estaba seria, las más de las veces, cobraban todo el protagonismo y los labios se escondían hasta desaparecer. Parecía que elegía entre mirar alerta o reír relajada. Existía entre nosotras una distancia que no en-

tendí al principio y que no impuse. Nunca mostraba su interior. No sabía si desconfiaba de todos o únicamente de los españoles, y creo que el intento de evitarse problemas predominaba sobre otros sentimientos. Pese a que procuré aproximarme explicándole que era francesa, que no formaba parte del país dominante en esta ciudad, y le aseguré que estaba y estaría a su lado, sabía que no me creía. Cómo hacerle entender que era diferente si Francia era el colonizador de otras zonas de Marruecos. Nos habíamos repartido su país, y ella, con inteligencia, no se complicaba la vida y recelaba de todos por igual. No había entre nosotras una confianza plena, sino resquicios por los que se colaban intimidades cotidianas. Mi relación con ella podría definirse como la de «una hermana mayor cordial con la que nunca hubiera convivido». Esperaba llegar un día a tocar su corazón.

—Buenas tardes, Marie —dijo al entrar, agachando la cabeza para saludar.

—Hemos encontrado huesos bajo el limonero —contesté, sin darle tiempo a sentarse y a comenzar con su ritual de frases formales que soportaba con paciencia antes de que entráramos en el meollo de cualquier cuestión.

Me hizo repetir. Le costó asimilar mis palabras. Después de contar lo poco que sabía, le mostré los restos de los niños esperando que ella supiera algo. Se quedó mirándolos en silencio. Lo que teníamos delante eran huesos y ella no solía verlos pelados y blanquecinos, sino maravillosamente recubiertos de carne rosada. Buscó una explicación y empezó a hablar.

—Hace tres años hubo peste porque los españoles hicieron limpieza de ratas, y las pulgas buscaron gente para alimentarse. Fue horrible. Todavía no habías llegado. —Se detuvo para pensar en silencio y al cabo de unos segundos continuó—: Se

me ocurre que podríamos preguntar a López, el practicante. Igual puede saber si murieron de peste o hubo algún otro suceso en el que murieran niños pequeños por esta zona. No me gustan ni él ni su pelo grasiento, aunque, si quiere, nos puede ayudar —dijo Amina, intentando darme una solución.

El practicante se creía superior a cualquiera y a ella muy en especial, pero no se lo mencioné, solamente negué con la cabeza.

—No querrá, se reirá de nosotras. Rashid terminará de remover la tierra del jardín en un par de días. Creo que será mejor ir a visitar al jefe. El doctor Valdés sabrá más. Calculará cuánto tiempo tienen, de qué murieron y si alguien les hizo daño —añadí.

—Yo voy también a ver a Al-Tabib, por si puedo ayudar —intervino Fatma. Las marroquíes le llamaban así, «el doctor», en genérico, como si no hubiera otro. Me gustaba ese nombre. Las dos miramos a la joven extrañadas, porque no acostumbraba a meterse en asuntos que no fueran la casa, mi madre o el niño.

Y cuando las dos íbamos a preguntarle con sorna por qué tenía tanto interés en ir a ver al guapo doctor de los ojos verdes, asomó una mano que retiró la cortina de la entrada y consiguió salvarse de nuestros comentarios ocurrentes. Entró una chica rubia con un embarazo manifiesto y un fuerte olor a jazmín. Era una andaluza carnosa y rosada, con ojos inmensos de color de mar. Una belleza tierna y voluptuosa con un aspecto tan distinto al de las marroquíes, e incluso al de las mujeres de su tierra, que no había hombre ni mujer en Tetuán que no supiera quién era. Se rumoreaba que había venido embarazada desde España siguiendo a un hombre, y esta forma de rebajarse la hacía caer todavía más bajo ante los ojos de la gente. Como era de esperar, aquí el amante la había rechazado desentendiéndose del

problema. Parecía cohibida y estuve a punto de sonreírle para que se sintiera cómoda, pero me pareció mejor esperar.

Ya estábamos todas dentro de mi pequeño consultorio: una habitación con una ventana cuyo marco había pintado yo misma del color azul añil de la puerta, adornándolo con un arco árabe poco simétrico y un suelo de barro rojizo fregado con esmero y nutrido con cera de abeja que olía siempre bien. Cuatro mujeres y un niño estábamos apiñados dentro de la habitación que a mi llegada me había parecido grande y sin embargo ahora, repleta de muebles y personas, daba la sensación de tener un tamaño ridículo. Iba a sugerir trasladarnos al jardín cuando recordé que estaba lleno de agujeros, como si una familia de gerbillos se hubiera dedicado a construir madrigueras, y también que en este momento Rashid seguía cavando. Removía la tierra del jardín con paciencia, queriendo, o más bien no queriendo, encontrar más huesos. Era un trabajo desagradable que sobrellevaba gracias a la presencia y la esporádica sonrisa de Fatma.

El calor esos días era terrible. De vez en cuando necesitaba secarme la cara con la manga del vestido, que ya empezaba a ser más oscura que la otra debido al polvo del desierto que se te pegaba a la piel. Las miré a todas con envidia porque, pese a soportar el mismo calor y el mismo polvo, estaban impecables. Nunca conservaba esa apariencia limpia por mucho tiempo, sino que a lo largo del día iba acercándome a la de una vagabunda. Decidí abrir la ventana dejando la celosía y conservé la puerta abierta de par en par con la cortina de cuentas. Cuando la embarazada iba a comenzar a hablar, se interrumpió unos segundos en espera de que se fueran Amina y Fatma. Supuse que no deseaba testigos que compartieran sus intimidades, así que le hice un gesto a la partera con la cabeza para que saliera. Se despidió y cruzó el umbral. Esperó unos instantes y se

encogió de hombros al ver que no le pedía lo mismo a la jovencita con el niño en brazos. Decidió comenzar a hablar y sin haber articulado todavía la primera palabra, mientras buscaba el orden necesario para contar su historia, se le humedecieron los ojos.

—Me llamo Sara. Tengo un problema muy grande. —Hizo una pausa y se secó las lágrimas con la manga, pensé que yo no era la única que la usaba como pañuelo—. No es el embarazo, que ya no tiene solución, el problema es otro. El padre no me da ni una perra gorda y nadie quiere darme trabajo. Le he mandado con un chico varias notas y me responde que me va a hacer llegar un sobre, pero no lo hace. Me da largas hace meses y me avergüenza insistirle más, aunque ya no tengo dignidad ni orgullo, lo perdí cuando hice esto, ahora ya... —terminó, y bajó la cabeza.

—No digas eso, por favor.

En un intento de sobreponerse con un amago de sonrisa, dijo:

—Como dicen en mi pueblo: «Estoy abrazada a la miseria y al borde de la mendicidad». Llevo semanas sin comer bien, raciono todo lo que puedo el pan y los garbanzos y temo que estos zapatos se me rompan porque no tengo otros. Mirad, están descosidos y, como no puedo llevarlos al zapatero, terminaré yendo descalza. No penséis que porque huelo así es que tengo dinero, porque fue un regalo y es lo único que me hace sentirme bien cada mañana. Yo antes era una chica normal.

—Hueles a jazmín, me gusta.

—Cuando nazca el niño, no sé cómo lo vestiré, y si consiguiera trabajo con quién lo dejaré, porque, ¿quién querrá cuidar a un bastardo? Además, no podría pagarlo. Ya no duermo. Lo peor es que me van a echar de la casa donde vivo porque ya debo

tres meses. No me quedará otra que hacer lo que sea y ni *pa* eso sirvo con esta tripa...

—Habrás que solucionarlo —dije, y luego me callé para poder pensar.

Me miró a los ojos, supuse que a pesar de haber venido no confiaba en que una chica tan joven pudiera ayudarla, poco después vi en su mirada que concluyó que debía animarse a sí misma a confiar, estaba desesperada. En un par de minutos que a ella le debieron de parecer eternos, hablé, pero no dije lo que ella esperaba.

—Por favor, Fatma, pon un té. Nos sentará bien.

Se fue a casa a prepararlo, y para ello apostó dejó a mi hijo con la cara llena de churros encima de las piernas de Sara, no en las mías. La andaluza se secó las lágrimas, sonrió y limpió a Diego con su propio vestido. Como respuesta a sus atenciones, Diego le tiró con fuerza del pelo, ella le quitó el mechón de entre los dedos regordetes y al segundo el niño volvió a coger otro. Comenzó a hablar, esta vez con la cabeza inclinada, intentando alejarla lo más posible para evitar un nuevo tirón.

—¡Qué bien huele este niño! Es el mejor aroma que conozco —dijo, sonriendo sin tenerle en cuenta a mi hijo la agresión—. He intentado hacer horas en la cantina o en las cocinas, pero dicen que soy muy señorita para estar allí. Sé perfectamente que no es por eso.

—Sara, tengo que preguntártelo, ¿quién es el padre?

—No puedo decírtelo. Es un hombre importante y está casado.

—Oficial, supongo.

No respondió. Al problema del embarazo y de la pobreza se le añadía el secreto que debía mantener para no complicarle la vida al amante. Dirigiendo la mirada a sus pies para no mirar-

me a los ojos, tropezó con su tripa. Empezó a estirar el cuello en una postura forzada, hasta que giró la cabeza hacia un lado en un intento por conseguir vérselos. Pensé que era mejor que no lo lograra porque los tenía hinchados y enrojecidos a causa del calor. Me reí y nos entendimos.

—¡Vaya desastre de pies, y en mi caso es para siempre!
—exclamé señalándome los.

Soltó una carcajada y se notó que la necesitaba desde hacía tiempo. Fatma, que había regresado, se quitó las babuchas y enseñó los suyos. Eran tan delgados que ambas la miramos con expresión fingida de enfado. Sara, por fin, se relajó.

—Vas a pensar que estoy loca, lloro, me río... —declaró, volviendo al desconsuelo.

—Confía en mí, tranquila. Dame su nombre.

Tardó unos instantes en contestar, parecía temer las represalias, o algo mucho peor, le amaba.

—Es el coronel Martínez-Urzúa. Me amenazó con meterme en la cárcel con cualquier excusa si lo contaba, y aunque lo dijera en broma, me asusté. Al principio me dejaba dinero en un sobre en la garita de entrada del cuartel; ahora, hace ya tres meses que cuando mando al chico a preguntar, nunca hay nada para mí. Se ha desentendido y no me atrevo a reclamárselo.

—¿Teníais alguna manera especial de llamaros o alguna frase cariñosa que os dijerais a menudo?

Se quedó pensando un momento y dijo con vergüenza en voz más baja:

—Yo le llamaba «mi oficial».

—Vuelve pasado mañana. Espera, llévate un poco de *loubia*. Fatma te la pondrá con algo de pan en la cazuelilla de peltre que está descascarillada, así no hará falta que me la devuelvas. Tápalo, por si las moscas; las moscas, claro, las

moscas se lo comerían. —Caí en la cuenta, y me reí de mi propio chiste.

Por primera vez había relacionado la frase hecha en español con su significado literal. La andaluza sonrió por compromiso, sin entender mi disparate; Fatma no, ella aceptaba mis rarezas sin tenerlas en cuenta.